

CARLOS
RUIZ ZAFÓN
EL PRISIONERO
DEL CIELO



EL
CEMENTERIO
DE LOS
LIBROS
OLVIDADOS

Este libro forma parte de un ciclo de novelas que se entrecruzan en el universo literario del Cementerio de los Libros Olvidados. Las novelas que forman este ciclo están unidas entre sí a través de personajes e hilos argumentales que tienden puentes narrativos y temáticos, aunque cada una de ellas ofrece una historia cerrada, independiente y contenida en sí misma.

Las diversas entregas de la serie del Cementerio de los Libros Olvidados pueden leerse en cualquier orden o por separado, permitiendo al lector explorar y acceder al laberinto de historias a través de diferentes puertas y caminos que, anudados, le conducirán al corazón de la narración.

Carlos Ruiz Zafón

El Prisionero del Cielo



Primera parte

UN CUENTO
de NAVIDAD



Barcelona, diciembre de 1957

Aquel año a la Navidad le dio por amanecer todos los días de plomo y escarcha. Una penumbra azulada teñía la ciudad, y la gente pasaba de largo abrigada hasta las orejas y dibujando con el aliento trazos de vapor en el frío. Eran pocos los que en aquellos días se detenían a contemplar el escaparate de Sempere e Hijos y menos todavía quienes se aventuraban a entrar y preguntar por aquel libro perdido que les había estado esperando toda la vida y cuya venta, poesías al margen, hubiera contribuido a remendar las precarias finanzas de la librería.

—Yo creo que hoy será el día. Hoy cambiará nuestra suerte —proclamé en alas del primer café del día, puro optimismo en estado líquido.

Mi padre, que llevaba desde las ocho de aquella mañana batallando con el libro de contabilidad y haciendo malabarismos con lápiz y goma, alzó la vista del mostrador y observó el desfile de clientes escurridizos perderse calle abajo.

—El cielo te oiga, Daniel, porque a este paso, si perdemos la campaña de Navidad, en enero no vamos a tener ni para pagar el recibo de la luz. Algo vamos a tener que hacer.

—Ayer Fermín tuvo una idea —ofrecí—. Según él es un plan magistral para salvar la librería de la bancarrota inminente.

—Dios nos coja confesados.

Cité textualmente:

—A lo mejor si me pusiera yo a decorar el escaparate en calzoncillos conseguiríamos que alguna fémica ávida de literatura y emociones fuertes entrase a hacer gasto, porque dicen los entendidos que el futuro de la literatura depende de las mujeres, y vive Dios que está por nacer fámula capaz de resistirse al tirón agreste de este cuerpo serrano —enuncié.

Oí a mi espalda cómo el lápiz de mi padre caía al suelo y me volví.

—Fermín *dixit* —añadí.

Había pensado que mi padre iba a sonreír ante la ocurrencia de Fermín, pero al comprobar que no parecía despertar de su silencio le miré de reojo. Siempre sénior no sólo no parecía encontrarle gracia alguna a semejante disparate sino que había adoptado un semblante meditabundo, como si se planteara tomárselo en serio.

—Pues mira por dónde, a lo mejor Fermín ha dado en el clavo —murmuró.

Le observé con incredulidad. Tal vez la sequía comercial que nos había azotado en las últimas semanas había terminado por afectar el sano juicio de mi progenitor.

—No me digas que le vas a permitir pasearse en gayumbos por la librería.

—No, no es eso. Es lo del escaparate. Ahora que lo has dicho, me has dado una idea... Quizá aún estemos a tiempo de salvar la Navidad.

Le vi desaparecer en la trastienda y al poco regresó pertrechado de su uniforme oficial de invierno: el mismo abrigo, bufanda y sombrero que le recordaba desde niño. Bea solía decir que sospechaba que mi padre no se había comprado ropa desde 1942 y todos los indicios apuntaban a que mi mujer estaba en lo cierto. Mientras se enfundaba los guantes, mi padre sonreía vagamente y en sus ojos se percibía aquel brillo casi infantil que sólo conseguían arrancarle las grandes empresas.

—Te dejo solo un rato —anunció—. Voy a salir a hacer un recado.

—¿Puedo preguntar adónde vas?

Mi padre me guiñó el ojo.

—Es una sorpresa. Ya verás.

Lo seguí hasta la puerta y lo vi partir rumbo a la Puerta del Ángel a paso firme, una figura más en la marea gris de caminantes navegando por otro largo invierno de sombra y ceniza.

Aprovechando que me había quedado solo decidí encender la radio para saborear algo de música mientras reordenaba a mi gusto las colecciones de los estantes. Mi padre creía que tener la radio puesta en la librería cuando había clientes era de poco tono, y si la encendía en presencia de Fermín, éste se lanzaba a canturrear saetas a lomos de cualquier melodía —o, peor aún, a bailar lo que él denominaba «ritmos sensuales del Caribe»—, y a los pocos minutos me ponía los nervios de punta. Habida cuenta de aquellas dificultades prácticas, había llegado a la conclusión de que debía limitar mi goce de las ondas a aquellos raros momentos en que, aparte de mí y de varias decenas de miles de libros, no había nadie más en la tienda.

Radio Barcelona emitía aquella mañana una grabación clandestina que un coleccionista había hecho del magnífico concierto que el trompetista Louis Armstrong y su banda habían dado en el hotel Windsor Palace de la Diagonal tres Navidades atrás. En las pausas publicitarias, el locutor se afanaba en etique-

tar aquel sonido como *lass* y advertía que algunas de sus síncopas procaces podían no ser apropiadas para el consumo del oyente nacional forjado en la tonadilla, el bolero y el incipiente movimiento *ye-ye* que dominaban las ondas del momento.

Fermín solía decir que si don Isaac Albéniz hubiera nacido negro, el jazz se habría inventado en Camprodón, como las galletas en lata, y que, junto con aquellos sujetadores en punta que lucía su adorada Kim Novak en algunas de las películas que veíamos en el cine Fémmina en sesión matinal, aquel sonido era uno de los escasos logros de la humanidad en lo que llevábamos de siglo xx. No se lo iba a discutir. Dejé pasar el resto de la mañana entre la magia de aquella música y el perfume de los libros, saboreando la serenidad y la satisfacción que transmite el trabajo simple hecho a conciencia.

Fermín se había tomado la mañana libre para, según él, ultimar los preparativos de su boda con la Bernarda, prevista para principios de febrero. La primera vez que había planteado el tema apenas dos semanas atrás todos le habíamos dicho que se estaba precipitando y que con prisas no se llegaba a ninguna parte. Mi padre trató de convencerle para posponer el enlace por lo menos dos o tres meses argumentando que las bodas eran para el verano y el buen tiempo, pero Fermín había insistido en mantener la fecha alegando que él, espécimen curtido en el recio clima seco de las colinas extremeñas, transpiraba profusamente llegado el estío de la costa mediterránea, a su juicio semitropical, y no veía de recibo celebrar sus nupcias con lamparones del tamaño de torrijas en el sobaco.

Yo empezaba a pensar que algo extraño tenía que estar sucediendo para que Fermín Romero de Torres, estandarte vivo de la resistencia civil contra la Santa Madre Iglesia, la banca y las buenas costumbres en aquella España de misa y NO-DO de los años cincuenta, manifestase semejante urgencia en pasar por la vicaría. En su celo prematrimonial, había llegado al extremo de hacer amistad con el nuevo párroco de la iglesia de Santa Ana, don Jacobo, un sacerdote burgalés de ideario relajado y maneras de boxeador retirado al que había contagiado su desmedida afición por el dominó. Fermín se batía con él en timbas históricas en el bar Almirall los domingos después de misa, y el sacerdote reía de buena gana cuando mi amigo le preguntaba, entre copa y copa de aromas de Montserrat, si sabía a ciencia cierta si las monjas tenían muslos y si de tenerlos eran tan mollares y mordisqueables como venía él sospechando desde la adolescencia.

—Va a conseguir usted que lo excomulguen —le reprendía mi padre—. Las monjas ni se miran ni se tocan.

—Pero si el mosén es casi más golfo que yo —protestaba Fermín—. Si no fuese por el uniforme...

Andaba yo recordando aquella discusión y tarareando al son de la trompeta del maestro Armstrong cuando oí que la campanilla que había sobre la puerta de la librería emitía su tibio tintineo y levanté la vista esperando encontrar a mi padre, que regresaba ya de su misión secreta, o a Fermín listo para incorporarse al turno de tarde.

—Buenos días —llegó una voz, grave y quebrada, desde el umbral de la puerta.

3

Al contraluz de la calle, su silueta semejaba un tronco azotado por el viento. El visitante vestía un traje oscuro de corte anticuado y dibujaba una figura torva apoyada en un bastón. Dio un paso al frente, cojeando visiblemente. La claridad de la lamparilla que reposaba sobre el mostrador desveló un rostro agrietado por el tiempo. El visitante me observó unos instantes, calibrándome sin prisa. Su mirada tenía algo de ave rapaz, paciente y calculadora.

—¿Es usted el señor Sempere?

—Yo soy Daniel. El señor Sempere es mi padre, pero no está en estos momentos. ¿Puedo ayudarle en algo?

El visitante ignoró mi pregunta y empezó a deambular por la librería examinándolo todo palmo a palmo con un interés rayano en la codicia. La cojera que le afligía hacía pensar que las lesiones que se ocultaban bajo aquellas ropas eran palabras mayores.

—Recuerdos de la guerra —dijo el extraño, como si me hubiese leído el pensamiento.

Lo seguí con la mirada en la inspección de la libre-

ría, sospechando dónde iba a soltar anclas. Tal y como había supuesto, el extraño se detuvo frente a la vitrina de ébano y cristal, reliquia fundacional de la librería en su primera encarnación allá por el año 1888, cuando el tatarabuelo Sempere, entonces un joven que acababa de regresar de sus aventuras como indiano por tierras del Caribe, había tomado prestado dinero para adquirir una antigua tienda de guantes y transformarla en una librería. Aquella vitrina, plaza de honor de la tienda, era donde tradicionalmente guardábamos los ejemplares más valiosos.

El visitante se aproximó lo suficiente a ella como para que su aliento se dibujase en el cristal. Extrajo unos lentes que se llevó a los ojos y procedió a estudiar el contenido de la vitrina. Su ademán me recordó a una comadreja escudriñando los huevos recién puestos en un gallinero.

—Bonita pieza —murmuró—. Debe de valer lo suyo.

—Es una antigüedad familiar. Mayormente tiene un valor sentimental —repuse, incomodado por las apreciaciones y valoraciones de aquel peculiar cliente que parecía tasar con la mirada hasta el aire que respirábamos.

Al rato guardó los lentes y habló con un tono pausado.

—Tengo entendido que trabaja con ustedes un caballero de reconocido ingenio.

Como no respondí inmediatamente, se volvió y me dedicó una de esas miradas que envejecen a quien las recibe.

—Como ve, estoy solo. Quizá si el caballero me dice qué título desea, con muchísimo gusto se lo buscaré.

El extraño esgrimió una sonrisa que parecía cualquier cosa menos amigable y asintió.

—Veo que tienen ustedes un ejemplar de *El conde de Montecristo* en esa vitrina.

No era el primer cliente que reparaba en aquella pieza. Le endosé el discurso oficial que teníamos para tales ocasiones.

—El caballero tiene muy buen ojo. Se trata de una edición magnífica, numerada y con láminas de ilustraciones de Arthur Rackham, proveniente de la biblioteca personal de un gran coleccionista de Madrid. Es una pieza única y catalogada.

El visitante escuchó con desinterés, centrando su atención en la consistencia de los paneles de ébano de la estantería y mostrando claramente que mis palabras le aburrían.

—A mí todos los libros me parecen iguales, pero me gusta el azul de esa portada —replicó con tono despreciativo—. Me lo quedaré.

En otras circunstancias hubiese dado un salto de alegría al poder colocar el que probablemente era el ejemplar más caro que había en toda la librería, pero había algo en la idea de que aquella edición fuese a parar a manos de aquel personaje que me revolvía el estómago. Algo me decía que si aquel tomo abandonaba la librería, nunca nadie iba a leer ni el primer párrafo.

—Es una edición muy costosa. Si el caballero lo

desea le puedo mostrar otras ediciones de la misma obra en perfecto estado y a precios más asequibles.

Las gentes con el alma pequeña siempre tratan de empequeñecer a los demás y el extraño, que intuí que hubiera podido ocultar la suya en la punta de un alfiler, me dedicó su más esforzada mirada de desdén.

—Y que también tienen la portada azul —añadí.

Ignoró la impertinencia de mi ironía.

—No, gracias. El que quiero es ése. El precio no me importa.

Asentí a regañadientes y me dirigí hacia la vitrina. Extraje la llave y abrí la puerta acristalada. Podía sentir los ojos del extraño clavados en mi espalda.

—Todo lo bueno siempre está bajo llave —comentó por lo bajo.

Tomé el libro y suspiré.

—¿Es coleccionista el caballero?

—Podría decirse que sí. Aunque no de libros.

Me volví con el ejemplar en la mano.

—¿Y qué colecciona el señor?

De nuevo, el extraño ignoró mi pregunta y extendió el brazo para que le entregase el libro. Tuve que resistir el impulso de regresar el libro a la vitrina y echar la llave. Mi padre no me habría perdonado que hubiese dejado pasar una venta así con los tiempos que corrían.

—El precio es de treinta y cinco pesetas —anuncié antes de tenderle el libro con la esperanza de que la cifra le hiciera cambiar de opinión.

Asintió sin pestañear y extrajo un billete de cien

pesetas del bolsillo de aquel traje que no debía de valer ni un duro. Me pregunté si no sería un billete falso.

—Me temo que no tengo cambio para un billete tan grande, caballero.

Le hubiese invitado a esperar un momento mientras corría al banco más próximo a buscar cambio y, también, a asegurarme de que el billete era auténtico, pero no quería dejarlo solo en la librería.

—No se preocupe. Es genuino. ¿Sabe cómo puede asegurarse?

El extraño alzó el billete al trasluz.

—Observe la marca de agua. Y estas líneas. La textura...

—¿El caballero es un experto en falsificaciones?

—Todo es falso en este mundo, joven. Todo menos el dinero.

Me puso el billete en la mano y me cerró el puño sobre él, palmeándome los nudillos.

—El cambio se lo dejo a cuenta para mi próxima visita —dijo.

—Es mucho dinero, señor. Sesenta y cinco pesetas...

—Calderilla.

—En todo caso le haré un recibo.

—Me fio de usted.

El extraño examinó el libro con un aire indiferente.

—Se trata de un obsequio. Le voy a pedir que hagan ustedes la entrega en persona.

Dudé un instante.

—En principio nosotros no hacemos envíos, pero en este caso con mucho gusto realizaremos personalmente la entrega sin cargo alguno. ¿Puedo preguntarle si es en la misma ciudad de Barcelona o...?

—Es aquí mismo —dijo.

La frialdad de su mirada parecía delatar años de rabia y rencor.

—¿Desea el caballero incluir alguna dedicatoria o alguna nota personal antes de que lo envuelva?

El visitante abrió el libro por la página del título con dificultad. Advertí entonces que su mano izquierda era postiza, una pieza de porcelana pintada. Extrajo una pluma estilográfica y anotó unas palabras. Me devolvió el libro y se dio media vuelta. Lo observé mientras cojeaba hacia la puerta.

—¿Sería tan amable de indicarme el nombre y la dirección donde desea que hagamos la entrega? —pregunté.

—Está todo ahí —dijo, sin volver la vista atrás.

Abrí el libro y busqué la página con la inscripción que el extraño había dejado de su puño y letra:

*Para Fermín Romero de Torres, que regresó
de entre los muertos y tiene la llave del futuro.*

13

Oí entonces la campanilla de la entrada y, cuando miré, el extraño se había marchado.

Me apresuré hasta la puerta y me asomé a la calle. El visitante se alejaba cojeando, confundiendo entre

las siluetas que atravesaban el velo de bruma azul que barría la calle Santa Ana. Iba a llamarlo, pero me mordí la lengua. Lo más fácil hubiera sido dejarlo marchar sin más, pero el instinto y mi tradicional falta de prudencia y de sentido práctico pudieron conmigo.